

sufrimientos sobrellevados por amor á El con humildad y paciencia?

Finalmente al acercarse la muerte, en esos últimos combates en que va á decidirse nuestra suerte eterna, redoblan su vigilancia y solicitud para reprimir el furor de nuestros enemigos, y para animar en nosotros el espíritu de confusión, de penitencia y de fervor. Prosigue su ministerio aun más allá del sepulcro. Si quedamos condenados á las últimas y terribles expiaciones en las llamas del Purgatorio, nos visitan y nos consuelan. Solicitan Sufragios en favor nuestro, inspiran á las almas fervorosas el pensamiento de ayudarnos eficazmente y negocian delante de Dios el importante asunto de nuestra liberación. ¿Qué hemos hecho hasta ahora para reconocer esta bondad del Señor, ese celo tan puro, tan tierno y constante del ángel que nos ha dado para custodiarnos? Lloremos nuestra ingratitud y comencemos á repararla hoy mismo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Con qué bondad nos confió Dios á la guarda de los ángeles.*—La Iglesia llama hoy nuestra atención hacia un favor divino que califica de inefable... *Deus, qui ineffabili providentia...* ¡Oh caridad incomprensible! No se ha contentado Dios con enviarnos á su Hijo y á su Espíritu Santo, nos envía también á sus ángeles para servirnos: *Angelis suis mandavit de te.* Quién envía es Dios, aquellos que envía son príncipes de su corte; pero á quién y para qué los envía? Es preciso que pensemos en cada uno de estos argumentos.

PUNTO SEGUNDO.—*Con cuánta caridad se emplean los ángeles en nuestra guarda.*—Sin hablar del orden temporal pensemos sólo en la salvación: mostrarnos su camino, alejar los obstáculos, darnos los medios de caminar hacia ella: hé aquí lo que hacen por nosotros los ángeles custodios. Nos desvían del mal, nos descubren los lazos, nos fortalecen en nuestras debilidades, nos consuelan en nuestras penas y nos defien-

den del demonio... Concurren aun más directamente á nuestra salvación rogando por nosotros y ofreciendo nuestras oraciones. Cuando llega la muerte aumentan su vigilancia y solicitud para asegurarnos la victoria en los últimos combates. Su caridad nos acompaña más allá del sepulcro: nos visitan y consuelan en el purgatorio, piden sufragios para nosotros; y, por todos los medios posibles, aceleran nuestra entrada en la morada de la gloria.

MEDITACIÓN CXXXVI

Continuación del mismo asunto.—Nuestros deberes para con los santos ángeles de la Guarda.

- I. Deberes generales comunes á todos los fieles.
- II. Deberes particulares propios de los Sacerdotes y pastores.

PUNTO I

Deberes generales de todos los fieles respecto de los santos ángeles de la guarda.

A tres los reduce San Bernardo: respeto, reconocimiento y confianza. La presencia de nuestro buen ángel pide que le respetemos; que estimemos sus servicios y que pongamos nuestra confianza en su poderosa y eficaz protección: *Reverentiam pro præsentia, devotionem pro benevolentia, fiduciam pro custodia.*

1.º Respeto. Es Dios mismo quien nos lo destina: *Observa eum*, nos dice, *nec contemnendum putes.* Y da como sublime razón, que su nombre está en él: *Est nomen meum in illo* (1). Tal es, en efecto, la excelencia y dignidad del ángel que es la expresión más noble y viva de la divinidad. Es el primer resplandor de su belleza, la obra primera de sus ma-

(1) Exod., XXIII, 21.

nos, el primer trabajo de su omnipotencia, la obra maestra primaria de su sabiduría. San Juan, creyéndole el propio Hijo de Dios se prosternó para adorarle, delante de Aquel que le había revelado tantos misterios. San Anselmo asegura que si un ángel se hiciera visible en toda su gloria en lugar del sol, borrraría con su luz tantos soles, si existiesen, como hay estrellas en el firmamento. La majestad de un rey mortal imprime respeto á todos los que se le acercan; ¿de cuánta veneración debemos, pues, estar penetrados en presencia de este príncipe del Cielo, tan superior á todos los poderosos de la tierra? «Porque, dice San Bernardo, que donde quiera que estéis, en la iglesia ó en la casa, en el camino ó en las plazas públicas, solo ó en compañía, vuestro ángel está siempre con vosotros. No hagáis delante de él lo que no os atreveríais á hacer delante de mí: *Tu ne audeas, illo presente, quod, vidente me, non auderis.* ¿Dudáis acaso de que esté á vuestro lado porque no le veís? Pero el testimonio de la vista no es ni el solo, ni el más propio para juzgar de la presencia de las cosas. Este sentido no alcanza á los objetos espirituales, y aún muchos de los corporales no están sometidos á su dominio. ¿Es acaso posible ver los sonidos? ¿Podemos ver los olores? Y ¿á quién se le ocurrirá negarlos so pretexto de que no los ve? *Vide quia non solo visu rerum presentia comprobatur.* La vista de nuestra fe bien vale más que la de nuestros ojos. Andad, pues, con cuidado, que vuestro ángel de guarda os mira: *Caute ambula, ut videlicet cui adsunt angeli* (1).»

2.º Al respeto unid el reconocimiento y el amor: Cuando el ángel del pueblo hebreo hubo dividido las aguas del Mar Rojo y precipitado en sus abismos á los Egipcios, continuó asistiéndole por orden del Señor, hasta que le hubo establecido en la tierra prometida. Así nuestro buen ángel nos gobierna después que por el sacramento del Bautismo nos hemos librado del poder del infierno. Ese protector

(1) In Ps. *Qui habitat.*

celosísimo nos acompaña en el desierto de la vida que debemos atravesar para llegar al Cielo. Ora como nube misteriosa tempera el ardor de las pasiones; ora como fuego brillantísimo nos ilumina en la noche de nuestra ignorancia. Hace caer para nosotros, cuando conviene, el maná de los celestiales consuelos, y endulza las aguas amargas de la penitencia... Nos hace entender la ley de Dios, y se esfuerza en grabarla sobre la tabla viviente de nuestros corazones.

Es cierto que es al Señor á quien soy deudor de todos estos bienes. *Quid retribuam Domino?* No tendría yo un ángel bondadoso para que me sirviese si ese caritativo Dueño no me lo hubiese dado: *Angelis suis mandavit de te.* ¡Gloria, pues, á Dios, autor de este mandamiento! Pero ¿no deberé también algo á aquel que lo ejecuta con tanta caridad? Por imitación á la divina bondad los ángeles tienen para con nosotros benévolas inclinaciones que nacen de la clarísima contemplación de los adorables misterios de la Encarnación, de la Redención, y todo lo que á ellos se relaciona.

¡Ah, si tuviesen una vida que ofrecer y sangre que derramar por nuestra salvación! ¡Cuán voluntariamente darían la una y la otra! No, no podemos ser desagradecidos con tan generosos amigos!

El joven Tobías no sabe qué testimonio de reconocimiento dar á su caritativo guía: *Pater, quam mercedem dabimus ei? aut quid dignum poterit esse beneficis ejus? Me duxit et reduxit sanum... Bonis omnibus per eum repleti sumus....* Y yo ¿qué haré para reconocer los beneficios de que soy deudor á mi ángel de la guarda? Le amaré con ternura, escucharé su palabra, seré dócil á sus inspiraciones, evitaré lo que pudiera ofender la santidad de sus miradas; practicaré las virtudes que le son amadas: pureza, humildad, celo, conformidad con la voluntad del Señor.

3. Finalmente pondré en él mi confianza: *Fiduciam pro custodia.* Si tuviera yo un amigo que me pareciese con razón el más ilustrado y fiel, el más

poderoso de todos los hombres. ¿Con cuánta seguridad no me fiaría de él? Tales son nuestros ángeles custodios, dice San Bernardo: *Prudentes sunt, fideles sunt, potentes sunt*. No pueden engañarse, puesto que beben sus luces de la fuente misma de la verdad: *Semper vident faciem Patris*. Menos aún querrían engañarnos, ya que son á toda prueba nuestros verdaderos amigos. Pensemos en el triple lazo que á ellos nos unen; nos aman por Dios, porque saben que El nos ama entrañablemente; nos aman por nosotros, en quienes encuentran la imagen de la divinidad; nos aman por ellos mismos, porque nos miran como á sus hermanos y á sus futuros cooperadores de la dicha eterna. Por otra parte, no les falta ni el poder, ni la ciencia, ni el amor; con la virtud que de lo alto reciben, uno sólo de entre ellos es más fuerte para salvarnos, que todos los demonios reunidos para perdernos; por esto pudo decir Tertuliano que, por el poder de los santos ángeles, el poder del demonio está sometido al del hombre. Pero escuchemos todavía á San Bernardo: *Quid sub tantis custodibus timeamus?.. Tantum sequamur eos, adhæreamus eis, et in protectione Dei cæli commoremur. Quoties ergo gravissima cernitur urgere tentatio, et tribulatio vehemens imminere, invoca custodem tuum, ductorem tuum, adjutorem tuum..... inclama eum, et dic: Domine, salva nos, perimus* (1).

PUNTO III

Deberes especiales de los Sacerdotes y de los pastores de almas hacia los ángeles custodios

¿De dónde nos vienen, y cuáles son estos deberes?

1.º Las relaciones tan honrosas como abundantes que tenemos con esos espíritus bienaventurados, los grandes socorros que, como Sacerdotes y como pastores recibimos de su celo: hé ahí los motivos de

(1) In Psalm. *Qui habitat*.

particular devoción que á nosotros nos obligan para con ellos de una manera particular.

La milicia del Cielo casi se confunde con la de la tierra. ¿Cuántas semejanzas entre el Sacerdote pastor y el ángel de la guarda! El mismo nombre: *Labra sacerdotis custodiunt scientiam... quia angelus Domini exercituum est*; idéntica misión: en orden á Dios, cantar sus alabanzas, propagar, sostener su culto, respecto de los hombres, purificarlos, alumbrarlos; defenderlos; hasta cierto punto, el mismo ministerio: ministerio de amor, de reconciliación y paz. Es cierto que los ángeles no obran por medios sensibles; pero es indudable que el sacerdocio católico es el que dispensa visiblemente los misterios de Dios, secundando la operación invisible de los ángeles de la guarda. El Sacerdote habla al oído, el ángel opera inmediatamente sobre el entendimiento y el corazón; y la obra de la santificación se completa por el mutuo concurso del Sacerdote y del ángel.

Hé aquí por qué los ministros del Señor son objeto especial de la protección de los ángeles. Su celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas les interesa vivamente en nuestros trabajos. ¡Ah, cuán útil nos es su auxilio cuando anunciamos la palabra divina, cuando estamos en el altar, en el confesonario, ó á la cabeza de los moribundos! ¿Cuántas gracias de preservación hemos recibido cuando corríamos los mayores peligros? ¿Cuántas luces oportunas en medio de dificultades y dudas? ¿Cuántas veces nos hemos preguntado con ansiedad y acaso con desaliento ¿qué hacer? ¿cómo salir del paso? y nuestro buen ángel nos libertaba como á San Pedro de su prisión. Si los beneficios son para el amor lo que para el fuego la leña, nadie debe amar á los ángeles custodios como los Sacerdotes y los pastores. ¿Y cómo les probaremos que los amamos?

2.º Sin hablar de los deberes generales que acabamos de meditar, ni de ese culto de imitación que les sería tan agradable, puesto que nos ofrecen acabado modelo de las virtudes sacerdotales y pastora-

les: recogimiento en la acción, dulzura, paciencia, abnegación... nos toca además enseñar á los fieles á honrarlos y suplir la indiferencia casi general con que se ven pagados sus caritativos cuidados. Quien conoce á los santos angeles, ¿puede acaso apreciar la dicha de tener uno por custodio? Al menos ¿quién se ocupa de ellos? ¿Habláis á menudo de tan importante asunto? ¿Recomendáis esta devoción á la niñez, á la juventud, á todas las edades, sobre todo en los momentos de tentaciones? Recorred mentalmente los países de heréticos é infieles y las grandes ciudades; atravesad por entre esas muchedumbres inmensas... ¿Cuántos millares de ángeles custodios ignorados y olvidados! Rendidles algún homenaje, pero tributad un culto particular á aquellos de vuestra parroquia y de las almas que os están encomendadas. Como pastor rogadles que vigilen con vos sobre el rebaño, y que os llamen á tiempo cerca de las ovejas enfermas.... El Sacerdote virtuoso acostumbra á saludar en el confesonario á los ángeles custodios de sus penitentes; y á los de sus oyentes, en el púlpito y catecismo. Oraciones, oficio, administración de sacramentos, visitas... nada hace sino de acuerdo y en unión con esos poderosos auxiliares. Por él y por las personas á quienes dirige es repetida constantemente la piadosa invocación: *Angele Dei, qui custos es mei, me tibi commissum pietate superna illumina, custodi, rege et gubernas* (1). Preguntad en qué habéis faltado á lo que debéis á los santos ángeles custodios y tomad vuestras resoluciones.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Deberes generales de todos los fieles respecto de sus ángeles custodios.* A tres los reduce San Bernardo. *Reverentiam pro presentia, devotionem pro benevolentia, fidu-*

(1). Indulgencia de 100 días por cada vez que se recita esta oración y una plenaria al mes, cuando la recitación ha sido diaria.

ciam pro custodia. 1.º *Respeto.* Es Dios quien nos lo destina *observa eum, nec contemnendum putes; est nomen meum in illo.* No hagáis delante de él, afirma San Bernardo, lo que no os atreveríais á hacer delante de mí. 2.º *Reconocimiento.* Nos hace tan grandes servicios, y con tan grande caridad... No sabe el joven Tobías qué muestra de gratitud darle á su guía; y ¿qué haré yo por mi ángel bondadoso? 3.º *Confianza.* El es prudente é ilustrado; es fiel y abnegado; es poderoso.... ¿Qué puedo temer yo, guiado por él, con tal que le sea dócil?

PUNTO SEGUNDO.—*Deberes particulares de los Sacerdotes y de los pastores hacia los ángeles custodios.* Tenemos las más honrosas relaciones con ellos: en orden á Dios la misma misión; idéntico ministerio respecto de los hombres.... El Sacerdote habla al oído, el ángel obra en el entendimiento y en el corazón. Cúmplase la obra de la santificación por el concurso mutuo del uno y del otro.... Somos objeto especial de la protección de los santos ángeles: su celo les hace interesarse con empeño en el éxito de nuestros trabajos. Si los beneficios para el amor, son lo que el combustible para el fuego debe amar á los ángeles como nadie los Sacerdotes y los pastores de almas. Imitémoslos tanto cuanto nos sea posible; enseñemos á los fieles que los honren y supliremos la indiferencia demasiado frecuente con que se ven correspondidos sus caritativos cuidados.

MEDITACIÓN CXXXVII

4 de Octubre.—SAN FRANCISCO DE ASÍS

Nació San Francisco en Asís, ciudad de Umbría, el año de 1182. Mostróse al principio apasionado por las riquezas y los placeres; pero inspiróle Dios, para contrarrestar el efecto de estas funestas inclinaciones, un afecto entrañable hacia los pobres, y sus limosnas le merecieron la gracia de triunfar sobre el mundo y sobre sí mismo. Tenía cerca de veinte y cinco años, cuando un acto heroico le hizo entrar en las vías de la más sublime perfección.

Su padre que era comerciante y muy apegado á los bienes de la tierra no pudiendo comprender ni sufrir sus liberalidades con los indiferentes, le propuso que renunciase su herencia delante del Obispo. Consintió en ello Francisco, y llevado de su fervor, despojándose de sus vestidos, los arrojó á los pies de su padre, diciéndole con tanta calma como suavidad: «Os he llamado hasta hoy mi padre; en adelante repetiré con más ánimo y con mayor confianza. ¡Padre nuestro que estás en los cielos! Desde entonces comenzó para él una transformación completa, y todo llegó á ser prodigioso en su vida. Reunióse con algunos compañeros de pobreza, con los cuales fundó la Orden de los Hermanos Menores. Diez años después celebró el famoso capítulo de las esteras (1), en el cual se contaron cinco mil religiosos, aunque en cada convento tuvieron que quedarse algunos. Murió el 4 de Octubre de 1226, á los cuarenta y cinco años de edad, y fué canonizado el 16 de Julio de 1228.

Renunciar á todo para unirse á Jesucristo, hé ahí el sabio y generoso sacrificio que al entrar en su ministerio hace un buen Sacerdote; la primera recompensa prometida á ese sacrificio, es el encontrar en Jesucristo el ciento tanto más de lo que dejó por El. San Francisco de Asís nos lo pone á la vista.

I. El consejo de la abnegación apostólica practicado en toda su perfección.

II. La promesa del céntuplo cumplida en toda su extensión.

PUNTO I

San Francisco practica la abnegación evangélica en toda su perfección

Ayudado de tres pasiones, el amor de las riquezas, de las honras y de los placeres, Satanás destruye el

(1) Llamóse así este capítulo, porque los religiosos que á él acudieron, se alojaron bajo tiendas formadas con esteras.

mundo, ultraja á Dios, pierde las almas; por el contrario, con el auxilio de tres virtudes, la abnegación evangélica, el amor de la pobreza y del desprecio de los sufrimientos, Jesucristo y sus santos glorifican á Dios, destruyen la obra de Satanás y salvan á las almas. Estas virtudes, brillaron de una manera admirable en San Francisco de Asís.

1.º Amor de la pobreza. Ha dicho Bossuet de nuestro Santo que fué el más ardiente, el más arrebatado, y, si es posible hablar así, el amador más desesperado de la pobreza. La amó y supo hacerla amar.

Se le había distinguido entre los jóvenes de su edad por el lujo y por su magnificencia. Se le ve abandonar el estado de opulencia para reducirse á la más completa desnudez: ¡qué sacrificio! Para determinarse á ello le era preciso combatir aún el placer santísimo que experimentaba socorriendo á los indigentes. La dicha de comer con Jesucristo el pan de la limosna, le parece preferible aún á la de alimentar á Jesucristo en la persona de los pobres. Parece oírsele exclamar: «Un hombre Dios ha nacido, ha vivido y muerto desnudo de todo, sin tener en dónde reclinar su cabezal; ¡Oh pobreza santa; oh tesoro inapreciable! No, no existen riquezas que puedan compararse contigo (1)»!

Llamaba á la pobreza su dama, su reina, su esposa y se la pedía con instancias al Señor. Ved su oración favorita: «Señor Jesús, mostradme los caminos de la pobreza; esta virtud tan querida de tu Corazón ¿no lo sería para el mío? Tened piedad de mí porque la amo con tanta pasión que ya no puedo vivir sin ella.... Marcadme con su sello; que sea privilegio mío y de los míos el no poseer nada, vivir sólo de limosnas, y el usar de ellas con tanta reserva que no dejemos de sentir jamás algunos efectos de la santa pobreza.»

«Si las virtudes tuviesen forma humana, dice el Padre Novet, habría tomado la pobreza evangélica el

(2) *Divitias nihil esse duxi in comparatione illius.* (Sap. VII, 8),

cuerpo, el espíritu, el nacimiento, la vida y la muerte de San Francisco; su nacimiento, puesto que nació en un establo; su muerte, por cuanto quiso que antes de expirar se le extendiese sobre la ceniza, después de haberle quitado sus vestidos para darle de limosna un hábito en girones; su vida, porque después de haber renunciado á la herencia paterna, nada tuvo ya propio sobre la tierra; su cuerpo, pues, le trataba como á esclavo, al cual rehusaba todo cuanto no fuese absolutamente necesario para su subsistencia; y su espíritu, como que estaba en oposición directa con el espíritu de la avaricia. El avaro se muestra celoso del hombre que es más rico que él, Francisco no tiene más celo que el que le inspira el pobre que sobrepuja á su indigencia... Nunca se halla satisfecho el avaro; y Francisco se queja siempre de poseer mucho; cuanto más pobre se mira, más contento está.» Amó la pobreza y tuvo el don de hacerla amar.

Recorrió las ciudades y los campos repitiendo en todas partes el primer oráculo de Jesucristo en él sermón de la montaña. «Bienaventurados los pobres; dichoso aquel que nada ama en el mundo sino por Dios, y más dichoso aún el que nada posee en él.» ¡Causan tanta impresión su palabra y su ejemplo que acude á rodearle presuroso todo un pueblo de pobres voluntarios. Forma una sociedad á la cual pone por fundamento la nobleza de Jesucristo; prometiéndole el apoyo del Cielo y abundantes bendiciones por todo el tiempo que esa virtud floresca en ella. ¡Qué precauciones toma para que se mantenga indefectible entre los suyos el perfecto desprendimiento de todos los bienes de la tierra! Hasta en los templos que se levantan á la gloria del Señor quiere que todo respire modestia, pobreza y sencillez. Siempre dulce, paciente siempre, sólo se muestra severo para fulminar anatemas contra aquellos que pretenden debilitar en su familia religiosa el espíritu de la santa pobreza.

2.º Amor de los desprecios. Dice San Agustín que en la perfección de la humildad es en lo que con-

siste principalmente la pobreza espiritual. San Francisco no podía ignorar que abrazar un género de vida del todo opuesto á la sabiduría del mundo, era aceptar de una vez todos sus desprecios. Viéndole, en efecto, el pueblo de Asís tan desfigurado, vestido de tan extraña manera, le sigue por las calles y se burla de él como de un insensato; su padre le hace aprisionar y cargar de cadenas como á un loco peligroso... A ejemplo de Jesucristo tenía hambre de oprobios; y como El pudo verse harto de ellos. Cuando más tarde, á causa de sus milagros, se vió trocado en objeto de universal admiración, no hizo más que empequeñecerse á sus propios ojos. ¿Se le habla de los portentos que opera? responde como María á Isabel: *Respexit humilitatem*; si Dios se sirve de él es, porque entre los hombres no encuentra nada más débil, ni más propio, por consiguiente, para poner en evidencia el mérito del obrero por la inutilidad del instrumento que emplea.» Se abate y se tiene en menos que la misma nada, considerándose como un gran pecador, capaz de todos los crímenes si la mano paternal de Dios no le detuviese. Cuanto mayores son las gracias que recibe, llora más su ingratitud, persuadido de que cualquiera usaría mejor de ellos.

3.º Amor al sufrimiento. La caridad había abrasado de tal modo su corazón desde que se convirtió, que la Pasión de Jesucristo era el objeto ordinario de sus pensamientos. Ardía en el deseo de devolverle vida por vida. En tres ocasiones busca el martirio entre los infieles; pero siempre le es rehusado ese favor. Y sólo se consuela haciendo de su cuerpo víctima de penitencia. ¿Hay algún linaje de suplicios que él no invente para crucificar su carne? Se acuesta sobre piedras duras, como si la tierra fuese demasiado blanda para él; no deja nunca un áspero cilicio; se arrastra sobre hielos y zarzales, ayuna cada año cuatro rigurosas cuaresmas, alimentándose con los más groseros alimentos mezclados á menudo con ceniza... Murmuren los sentidos, quéjese la naturaleza, no importa: Francisco piensa únicamente

en imitar á Jesucristo. Vive sólo para la cruz contemplando al Salvador constantemente cubierto de heridas, no puede acomodarse á vivir sin ellas (1). Se verá satisfecho. Mientras se queja en un desierto de que los hombres que han derramado la Sangre del Maestro se obstinan en perdonar la del siervo, recibe en su cuerpo la impresión de las cinco llagas de Jesucristo que le transforman en hostia viva y hacen de él la más perfecta imagen del Hombre de dolores. ¿Vióse jamás la abnegación evangélica practicada con mayor perfección? ¿Pero vióse la tampoco más generosamente recompensada aún aquí en la tierra?

PUNTO II

La promesa del céntuplo admirablemente cumplida en favor de San Francisco

Fué rico en la indigencia, feliz en los sufrimientos, y vivió honrado en las humillaciones.

1.º San Francisco encontró la abundancia en la escasez. Jesucristo preguntaba á los apóstoles la vispera de su muerte: «Cuántas veces os mandé sin bolsa, sin saco y sin calzado, ¿os faltó por ventura cosa alguna? La respuesta fué unánime: «nada, Señor.» Francisco es sólo un pobre desconocido, sin crédito, sin autoridad; mas como es pobre, de Jesucristo, su pobreza será fecunda y le proveerá de un caudal mucho más seguro que todos los tesoros del mundo. Se le construyen conventos, se le lleva provisiones para que alimente á su numerosa familia. Más que de buscar lo necesario se ocupa de rechazar lo superfluo; y el defender á sus hijos del atractivo de las riquezas que se le ofrecen, más que el suavisar los rigores de la pobreza que han abrazado. El pobre de Jesucristo, dice San Bernardo, es tanto más rico, cuanto la Providencia le da todo lo que necesita, y El no desea otra cosa fuera de eso.

(1) S. Bern.

2.º Encontró en los sufrimientos el manantial de las verdaderas delicias. Créese que la cruz de Jesucristo no produce más que la santidad: error grosero; porque produce también la felicidad. El corazón, dice Salvino, es el asiento de la dicha: el hombre es feliz tan pronto como él lo quiera ser (1). Y así, nunca el placer tuvo mayores atractivos para un corazón mundano como encantos tuvo el sufrimiento para el corazón de Francisco de Asís. ¿Podía encontrarse sobre la tierra un hombre más contento con su suerte que este pobre que, en el desierto, sobre las rocas, en medio de todas sus penas, embriagado de júbilo y como fuera de sí mismo, pasaba noches enteras en repetir: *Deus meus et omnia?* Buscaba la felicidad en lo que le separaba más de las criaturas y le unía más estrechamente á Dios. Le hallaba, porque allí estaba en aquellas palabras que no se cansaba de repetir: Dios mío y todas las cosas y al pedir las estallaba su corazón en suspiros, corrían de sus ojos raudales de lágrimas, de esas lágrimas que el Espíritu Consolador hace correr cuando se entrega á una alma por íntimas comunicaciones. En la contemplación y en el trabajo, á todas horas, en todo lugar y siempre en nuevos transportes y delirios, le decía: ¡Oh Dios mío y todas mis cosas!

3.º Encontró finalmente en las humillaciones el colmo de la gloria. Se ha dicho de Salomón que fué glorificado sobre todos los reyes por su sabiduría y por sus riquezas (2). Francisco de Asís fué glorificado entre todos los Santos por su aparente locura y por su amor á la pobreza. Cuanto él más se empeña en concitarse el desprecio del mundo, más se apresura el mundo para honrarlo. ¿Qué es lo que va á pedir al bárbaro sultán de Egipto, enemigo jurado del nombre cristiano? Lo menos que de él espera es el ser tratado como Jesús lo fué por Herodes.... Pero lejos de eso, y en vez de oprobios es

(1) *Nulli beatiores sunt, quam qui hoc sunt quod volunt.*

(2) *Magnificatus est rex Salomon super omnes reges terrarum divitiis et sapientia* (II Reg., VIII).

objeto de admiración, y se le rinden homenajes. Ya de regreso á su patria, qué movimientos, qué aclamaciones á su entrada en las ciudades! ¡Qué concurso de clero y pueblo, y qué cánticos de alegría! Se ambiciona con locura tocar sus vestidos, besar sus pies..... Sus compañeros participaban de estos honores, y á ejemplo de su maestro, mientras más se afanaban en buscar los desprecios del mundo, más aumentaba el mundo sus testimonios de veneración y estima. ¿Podía acaso suceder de otra manera ante los extraordinarios dones que ostentaba el Cielo en el padre y en sus hijos? Así os complacéis, oh Dios mío, en recompensar presuroso á las almas generosas; ellas no ponen limites á su sacrificios, y Vos tampoco limitáis vuestro amor para con ellas. Quitad de nuestro corazón, oh Dios mío, todo afecto hacia las cosas terrenas; desprendednos de nosotros mismos. ¡Que os amemos, Señor, y que sólo amemos á Vos! y que á ejemplo de San Francisco, descansemos en Vos y repitamos felices: ¡Oh Dios mío y todas mis cosas!

*Céntuplo del cielo.
Ejemplos de F.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*San Francisco practicó la abnegación evangélica en toda su perfección.*—La renuncia perfecta contiene la perfección de tres virtudes. 1.º Amor á la pobreza. Fué tanto en Francisco de Asís, que sacrificó hasta el santo placer de socorrer á los pobres; prefirió comer con Jesucristo el pan de los pobres que alimentar á Cristo en la persona de ellos. Su oración favorita era: «Mostradme, Señor, los caminos de la pobreza..... La amo de tal modo, que no puedo vivir sin ella. Amando la pobreza tuvo también el don de hacerla amar. 2.º Amor de los desprecios. Consiste en ella la perfección de la humildad. A ejemplo de su divino Maestro, San Francisco tenía sed de oprobios, y como El fué harto de ellos. Burlado é insultado, siente en su corazón el colmo de la alegría. ¿Qué género de sufrimientos hay que no inventara para crucificar su carne? Podrá decir con San

Pablo que lleva impresas en su cuerpo las llagas de Nuestro Señor Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.—*La promesa del céntuplo admirablemente cumplida en San Francisco.*—Halló la abundancia en la escasez. Fué su pobreza caudal más seguro que todos los tesoros del mundo; y debió ocuparse más en rechazar lo superfluo que en buscar lo necesario. Halló delicias en los sufrimientos. En el fondo del desierto y sobre las rocas pasaba noches enteras repitiendo: *Dios mío y todas mis cosas!* y al repetirlo sentía inundado su corazón de alegría. Halló la gloria en las humillaciones, ¿y qué hombre fué jamás honrado como él? Cuanto más él se empeñaba en buscar el desprecio del mundo, redoblaba el mundo sus testimonios de amor y veneración para con él.

MEDITACIÓN CXXXVIII

15 de Octubre.—SANTA TERESA.

Nació esta ilustre Santa en Avila, ciudad de España, el 28 de Marzo de 1515. La lectura de la vida de los santos que se hacía todos los días en familia en casa de sus virtuosos padres, le inspiró un ardiente deseo de morir por Jesucristo. Habiendo intentado inútilmente encontrar el martirio entre los Moros, resolvió llevar una vida solitaria en casa de sus padres, hasta que se le ofreciera la ocasión de conseguirlo. Perdió á su madre á la edad de doce años, y poco tiempo después comenzó á tomar gusto á lecturas frívolas, que hubieran podido llegar á serle funestas, si no la hubieran puesto á pensión en un convento. Allí Dios le dió á conocer de qué precipicio la había salvado, y le inspiró el pensamiento de retirarse entre las Carmelitas de Avila, donde tomó el hábito el 21 de Noviembre de 1536, á los 21 años de edad... La orden del Carmelo había ya perdido mucho de su primitivo fervor; Teresa recibió del Cielo la misión de reformarla. Comenzó por las religiosas, y animada después por los felices resultados obtenidos, con la ayuda de San Juan de la Cruz